

y Escandón. Desde entonces vivió alejado del tráfago de la vida pública, entregado a su familia y al arreglo de sus descuidados haberes. Fue, en resumen, ejemplar ciudadano, y como amigo, don Juan Francisco Ortiz—ilustre literato—da de él muy honroso concepto (1).

Murió en la plenitud de la vida, el 25 de febrero de 1840. Dejó entre sus hijos a don Ezequiel, quien fue, digámoslo sin rubor, gloria de su patria, ya que otros le prodiguén más honrosos epítetos.

ÁLVARO DE URICOECHEA

Marzo de 1915.

ALGO DE HISTORIA

DE LA FILOSOFÍA MODERNA

Una de las dificultades que encuentra el estudiante de filosofía es la comprensión de los sistemas católicos y antiescolásticos, que desde Descartes hasta nuestros días ha producido la mente del hombre, “desviada de la perenne verdad.”

Esta dificultad la hemos sentido cuantos ya pasámos por las aulas en busca del bachillerato, y mejor que nosotros, los distinguidos catedráticos del Rosario y San Bartolomé. No han podido ellos vencer el obstáculo, porque en los dos años, con una hora diaria de lección, que señala a los estudios filosóficos el *pensum* oficial, no se alcanzan a explicar las doctrinas y la evolución de los diversos sistemas. Y no se remediará el mal sino con el establecimiento, en la segunda enseñanza, de una cátedra especial de historia de la filosofía. Existe en el Colegio del Rosario, regentada por el inteligente y erudito profesor Francisco M. Rengifo; pero pertenece a la facultad doctoral de filosofía y letras.

Sin la presunción de resolver el problema, y únicamente para poner todo lo poco que hay en nosotros al

(1) Véase *El Mosaico*, número 22, de 6 de junio de 1860.

servicio de los que cursan la primera de las ciencias racionales, hemos escrito estas líneas. En ellas se encontrarán grandes defectos y lagunas; pero, con todas ellas, creemos será éste estudio de alguna utilidad para los futuros bachilleres, a quienes lo dedicamos.

Además del estudio que hemos hecho de los autores de que hablaremos, hemos tenido en cuenta los datos de Cantú, el *Estudio sobre la Filosofía alemana* de Barchou de Penhoen, el *Ensayo Crítico* de Roca y Cornet, y la obra del doctor Alberto Schwegler, que si es bien deficiente en lo que respecta a la historia de la filosofía antigua, es muy completa en lo que atañe a la moderna.

Descartes

El que abrió la senda de la filosofía moderna fue Descartes; de él ha salido el viejo error con un ropaje nuevo; de él todas las variaciones de aquel eterno panteísmo que es el punto de partida o de llegada de toda la filosofía moderna, y que ya señaló Roca y Carnet como su más distinguida propiedad. Descartes es llamado con razón el padre del racionalismo, del escepticismo, del positivismo y del eclecticismo. Hé aquí por qué es grande su influencia y por qué es preciso tratar de él primeramente.

Se ha dicho, y con verdad, que “el punto de partida de la filosofía cartesiana es la duda universal.” Es preciso hacer a este respecto una aclaración. La duda de Descartes no es la que reinaba hasta los albores del siglo XIX; no es el sentimiento lleno de amarguras de las sociedades que se transforman; no es la fe turbada; Descartes no es ni Byron ni Núñez de Arce; el temperamento de Descartes rechazaba una duda semejante. La suya es voluntariamente escogida y buscada para la resolución del problema del conocimiento de la verdad. Más aún: la duda cartesiana se resuelve en una afirmación.

Cuando Descartes observó los muchos datos erróneos que nos dan los sentidos, creyó que todo dato su-

ministrado por ellos era irremediablemente erróneo. No siguió el método seguro para convencerse de la veracidad de las sensaciones y percepciones; pesar las condiciones bajo las cuales se siente y se percibe; se propuso, al contrario, dudas de todos los elementos del conocimiento. Hé aquí sus propias palabras:

“Hace mucho tiempo que tengo la opinión de que hay un Dios que todo lo puede y por el que he sido creado. Pero ¿qué sé yo si ha creado algo más, algún cuerpo, algún cielo, alguna figura, algún espacio?, y sin embargo, tengo el sentimiento de todas estas cosas y que todo esto parece existir de otro modo distinto como lo veo. Y más aún: como juzgo que algunos se engañan en aquello que precisamente dicen conocer mejor, ¿qué sé yo si también me engaño cada vez que hago la adición de 2 y 3, o cuando nombro los lados de un cuadrado, o cuando ejecuto alguna cosa más fácil que estas dos operaciones? Pero Dios no ha querido que me engañe siempre, porque EL es infinitamente bueno. Sin embargo, si repugna a su bondad el que me engañe siempre, repugnarle también el que me engañe alguna vez.” Luego debe existir un sistema para evitar todo error.

De esta argumentación, Descartes obtiene esta consecuencia: el primer medio que el filósofo debe emplear para llegar al conocimiento de la verdad, es arrancar de su espíritu todas sus antiguas opiniones, todas sus viejas ideas; y continúa el filósofo francés: “Supondré que, no Dios que es muy bueno, que es la soberana causa de la verdad, sino un mal genio, no menos engañador que potente, ha empleado toda su industria en engañarme; pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las otras cosas extensas no son sino sueños e ilusiones de los que se ha servido aquel mal genio para oponer trabas a mi credulidad. Me consideraré como si no tuviera manos, ojos, carne, sangre, como si no tuviera sentidos, y creeré falsas todas estas cosas. Permaneceré firmemente adherido a este pensamiento, y si por este medio no estaré en po-

der del conocimiento, a lo menos estará en mi poder la suspensión de mi juicio. Hé aquí cómo me guardaré de recibir ninguna falsedad y prepararé mi espíritu contra todos los engaños de aquel gran engañador que, por maléfico y potente que sea, no podrá nunca imponerme nada.”

En consecuencia, Descartes supuso que todas las cosas que le rodeaban eran falsas; se persuadió que ninguna cosa es lo que se creyó haber sido; que los recuerdos que poblaban su memoria no eran sino otros tantos sueños; se despojó de los sentidos; aun de su propio cuerpo. Las extensiones, figuras, etc., no serán para él en adelante sino otras tantas ilusiones. Pero, suponiendo que estas cosas no existan, ¿existe o no algo distinto a ellas? ¿No habrá acaso algún Dios, o a lo menos algún espíritu, algún poder desconocido que haya colocado en mi cabeza todas estas dudas? Esta suposición no es absolutamente necesaria, dice Descartes, ¿porque acaso todas esas ideas no las puede producir el espíritu humano?

¿Pero el yo? Porque si puedo negar mis sentidos, mi cuerpo, todo lo que me rodea, ¿no habré de negar lógicamente mi propio yo?

Dentro del método de Cartesio, esto no puede ser, y lo contesta así: si he podido persuadirme de que no existen cuerpos ni espíritus, si he sustituido la nada al mundo, no podré persuadirme de que yo no existo, por lo mismo que he tenido la sombra, la esquema de un pensamiento, “hay un no sé qué engañador, maléfico y potente que emplea toda su industria en engañarme,” de modo que si él me engaña es preciso que yo exista. Después de meditar esta argumentación de un modo atento, es preciso concluir, dice Cartesio, “la siguiente constante proposición: *cogito, ergo sum*, pienso, luego existo.”

Esta proposición, que ha llegado a la celebridad, es el primer anillo al cual agregará todos los eslabones de su cadena el filósofo francés; ha sido para la escuela cartesiana la fuente de toda certeza, y fue también la

mayor de la argumentación racionalista. Dice Descartes:

“Tendré el derecho de concebir grandes esperanzas si soy lo suficientemente feliz para encontrar una sola cosa que sea cierta e indubitable.” Esta cosa la encontró en su propio yo. Con ayuda de él y partiendo de él, demuestra la existencia del mundo exterior, lo real por lo ideal. Y aquí en este punto empieza Descartes la reconstrucción de lo que antes había anulado; le dará ser, vida, verdad a lo que antes era nada, muerte y falsedad. Así, viene la creación delante de nosotros mismos; así Descartes se coloca en el centro del caos y poco a poco lo va disipando; le impone leyes a la materia amorfa y confusa; la hace rodar, circular, agrupar y la modela y la provee de propiedades y cualidades diversas.

“Así Descartes, dice Barchou de Penhoen, hace brillar un sol; fulgurar estrellas; así él traza la órbita que recorren los planetas; pone en el espacio a los cometas con su marcha irregular; da las leyes de la pesantez; cuenta el flujo y reflujo de los mares; explica los fenómenos de la luz y describe sus maravillosas propiedades. Así llega a demostrar que este nuevo mundo aparece semejante al mundo actual; y en efecto, estos dos mundos eran iguales; pero en lugar de analizar y estudiar sus causas y sus propiedades, lo reconstruimos, lo creamos nosotros mismos.”

Después de comenzar por la duda universal, termina por creer todo lo que ha demostrado.

El hombre no encuentra en su conciencia sino las ideas de pensamiento y de extensión, y como ellas difieren esencialmente, las sustancias que tengan por atributo fundamental el pensamiento deferirán en un todo de las que tengan por atributo fundamental a la extensión. Resultan así dos clases de seres: los espíritus y los cuerpos, y la filosofía se divide, por tanto, en dos partes. La primera trata de Dios y del hombre como ser pensante; la inteligencia de éste es finita y como

tiene idea de lo infinito, esta idea debe ser innata. La existencia del espacio no prueba sino que los cuerpos existen; esta prueba resulta de que nos inclinamos a creer en nuestras sensaciones, de suerte que Dios nos habría engañado si esta inclinación nos llevase siempre a error y si no tuviera medios para librarse de él nuestra naturaleza racional. La misma evidencia del pienso luego existo, se funda, según Descartes, en la veracidad de Dios.

El criterio de certeza lo fundó “en la percepción clara y distinta de las cosas,” es decir, en el conocimiento natural y directo. Después, como supuso la posibilidad de algún error, “recurrió a la existencia de Dios y afirmó que un conocimiento que emana de Dios no puede ser falso.” “Círculo vicioso, inevitable, porque él no admite sino la percepción subjetiva.”

Es algo muy sorprendente tomar como punto de partida para alcanzar el conocimiento científico a la ignorancia; partiendo de la duda, elaborar reglas para razonar según ellas; dudar de todo, no para negar, como los pirronanos, sino para concluir todas las afirmaciones imaginables; y salir de la más oscura vaguedad para llegar a la evidencia.

Según estos principios, ¿a qué se reduce la filosofía? Al conocimiento de las propiedades inmutables del espacio y de las propiedades mutables causadas por el movimiento, es decir, a la mecánica.

Aplicando la filosofía mecánica a los seres irracionales, dijo que no eran sino autómatas insensibles, como un reloj. (Esta teoría había sido sostenida por el médico español Gómez Pereira, en la *Antoniana Margarita*. 1554. Véase Menéndez y Pelayo, *Ciencia española*).

Si pensamiento y extensión engendran dos clases de fenómenos enteramente distintos, ¿cómo se explican las relaciones y el influjo del alma sobre el cuerpo, y viceversa?

El único atributo de la persona humana, no es el pensamiento, como dice Descartes.

El llamado entimema : pienso, luego existo, parece a primera vista muy claro, muy sencillo y evidente por sí mismo ; pero es la menor de este silogismo : lo que piensa existe, es así que pienso, luego existo. Además el pensamiento no es sustancia, luego Descartes supone el yó sustancial en donde no existe sino el yó fenomenal.

Diga lo que quiera el doctor Schwegler, el argumento de Cartesio, para demostrar la existencia de Dios, es, en el fondo, el mismo de San Anselmo, combatido por Gonilón y refutado completamente por Santo Tomás. Resucitado por Descartes, encontró antagonistas en Gasendi, Locke, los enciclopedistas, y posteriormente en Reid, Jouffroy, Remussat y los otros racionalistas, además de Kant, que desencadenó contra él toda su dialéctica. Fue aplaudido por Mallebranche y Leibnitz.

Sus principales obras fueron: *Discours de la méthode*, *Meditationes de prima philosophia*, *Principia philosophiae* y *Les passions de l'âme*, obras que tuvieron grande acogida en toda la Francia y que fueron el tema de las meditaciones en las fortalezas jansenistas de Port Royal.

JOSÉ TOMÁS ESCALLON, B. A.

Colegio del Rosario : 1915

(Próximamente un estudio sobre Mallebranche y Espinosa).

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO—FILOSOFÍA — CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 20
Suscripción por año (adelantada).....	180
Número atrasado.....	30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.

